

El resto de la ilustre vida de Jeremías

Dayton Keese

El temple correcto ya se le había dado, y un sólido fundamento se había puesto: Dios había fijado una pauta de crecimiento para Jeremías, por la cual se aseguraría su constancia futura en el servicio de Dios. Después de las inquietudes y comentarios de Jeremías que se recogen en 20.7–10, no hay mención de que volviera a titubear. Jesús pareció haberse preparado en el huerto de Getsemaní por la oración, para soportar las pruebas de la cruz. Del mismo modo, el «huerto de Getsemaní» de Jeremías en capítulo 20 parece haberlo preparado para los peligros que todavía le aguardaban.

La terrible experiencia del juicio, los azotes y la cruz debieron de ser las más pesadas cargas que Jesús llevó. Del mismo modo, Jeremías hizo frente a su más grande tribulación después del capítulo 20. Hemos dedicado bastante tiempo al estudio del período de preparación de Jeremías, debido a que los desafíos que conformaron su proceso de maduración nos enseñan valiosas lecciones. Sus sentimientos, luchas, reacciones y relaciones con Dios durante esos momentos de maduración constituyen inestimables demostraciones que establecen normas para usted y para mí, a medida que enfrentamos desafíos parecidos en el crecimiento para con Dios.

LAS TRIBULACIONES DE JEREMÍAS

Conociendo lo que preparó a Jeremías para soportar sus terribles tribulaciones, haremos una reseña de estas en esta lección. Los detalles relacionados con estos momentos de prueba se darán en ediciones a publicarse de *La Verdad Para Hoy*, con un estudio capítulo por capítulo del libro. Cada tribulación tendrá sus propias lecciones para nuestra consideración a medida que los sucesos tienen lugar.

En el capítulo 20, Jeremías por fin entiende lo

que Dios le prometió en el capítulo uno. En primer lugar, había de ser «como ciudad fortificada, como columna de hierro, y como muro de bronce contra toda [la] tierra» (1.18). En segundo lugar, los príncipes, los sacerdotes y el pueblo de la tierra pelearían en contra de él; pero no lo vencerían. Dijo Dios: «Yo estoy contigo [...] para librarte» (1.19). Le había prometido a Jeremías: «a todo lo que te envíe irás tú, y dirás todo lo que te mande» (1.7). He aquí un listado de las tribulaciones que enfrentó Jeremías después de ese maravilloso momento en que se dio cuenta de que Dios estaría con él.

1. En el capítulo 20, Pasur el sacerdote hizo que azotaran a Jeremías y lo pusieran en el cepo junto a la casa de Jehová (vers.^{os} 1–2).

2. Aunque los capítulos 21 al 25 no se encuentran en orden cronológico, en ellos vemos cómo Jeremías descargó una andanada de profecías en contra de los falsos profetas, los sacerdotes y las necesidades del pueblo. Unidos por el pecado, estos grupos manifestaron a Jeremías en el capítulo 26: «De cierto morirás» (26.7–8). Esto ocurrió al comienzo del reinado de Joacim (26.1). No fue sino por la influencia y buena voluntad de Ahicam que Jeremías se salvó de morir.

3. En los capítulos 27 y 28, Jeremías, a pedido de Dios, se puso un yugo sobre su cuello a la vez que continuó instando al pueblo a no escuchar a los falsos profetas que les mentían (27.8–9, 14). Esto dio como resultado la reacción de un falso profeta, Hananías, el cual repudió el mensaje de Jeremías y quitó el yugo del cuello de este, y lo quebró (28.10). Después de esto se llevó a cabo una demostración pública en contra de Jeremías, en la cual se le avergonzó.

4. En el capítulo 29, Semaías, un falso profeta, se refirió a Jeremías como un «hombre loco», que debía ser puesto en el cepo y en el calabozo (vers.^{os} 24–26).

5. En el capítulo 32, durante el reinado del rey

Sedequías, Jeremías fue encarcelado en el patio de la guardia, mientras el ejército de Babilonia sitiaba a Jerusalén (vers.º 2). Este encarcelamiento continuó en el capítulo 33 (vea el vers.º 1), donde Dios prometió que la ciudad se llenaría de cuerpos de hombres muertos (vers.º 5). En 34.22 Dios declaró por el profeta que las ciudades de Judá serían reducidas a soledad, «hasta no quedar morador». Afortunadamente, Dios le dio esperanza a Jeremías, pero como uno que amaba a su país, ¡imagínese cuán indefenso debió de haberse sentido el profeta!

6. En el capítulo 36, retrocediendo a los días del rey Joacim, se nos habla de un tiempo cuando a Jeremías no se le permitía «entrar en la casa de Jehová» (vers.º 5). ¿Cómo le afectaría a usted que se le arrestara y se le prohibiera reunirse con los hermanos el próximo día del Señor? Más adelante, en el capítulo 36, Joacim tomó el material que Dios le había ordenado que escribiera, lo cortó en pedazos y lo quemó en el fuego (vers.ºs 20–23). Además de esto, Joacim pidió que se prendiera a Jeremías y a Baruc. Hubieran sido prendidos, pero el Señor los escondió (vers.º 26). Si bien siempre podemos darle gracias a Dios por Su bondad, ¿qué clase de vida es esta en la que uno es perseguido y obligado a esconderse en su propia comunidad?

7. Más adelante, en tiempos del rey Sedequías, Jeremías fue arrestado y acusado de traidor. Luego los funcionarios lo azotaron y lo pusieron en la cárcel, donde se quedó muchos días (37.15–16).

8. En el capítulo 38, Jeremías fue prendido por los funcionarios y puesto en una cisterna, donde se hundió en el lodo (vers.ºs 4–6).

9. En el capítulo 39, Jeremías, todavía encarcelado por los suyos, miró cuando el ejército de Babilonia llevó a cabo el sitio final a Jerusalén. Muchos fueron muertos, otros llevados cautivos, y el palacio del rey y las casas de la ciudad fueron quemados. Los muros de la ciudad fueron derribados (vers.ºs 1–8). Jeremías vio estas cosas y lloró (Lamentaciones 1.1–5, 16).

10. A Jeremías se le permitió quedarse con los pocos que siguieron en Judá, y observó cómo estos hebreos rebeldes se mataban unos a otros (41.1–18). Rehusaron escuchar la palabra de Dios, lo acusaron de mentiroso, y lo obligaron a entrar en Egipto (42.13–16; 43.1–7). Habiendo quedado desolada Judá y habiendo muerto la mayor parte del pueblo, Jeremías procuró que los pocos que quedaban en Egipto, hicieran la voluntad de Dios. La única respuesta de ellos fue: «La palabra que nos has hablado en nombre de Jehová, no la oiremos de ti» (44.16).

Uno de los más tristes mensajes de los anales de la historia del pueblo de Dios se encuentran en

las palabras de Dios mediante Jeremías, para estos judíos rebeldes en Egipto: «He aquí he jurado por mi grande nombre, dice Jehová, que mi nombre no será invocado más en toda la tierra de Egipto por boca de ningún hombre de Judá, diciendo: Vive Jehová el Señor» (44.26). ¿Cómo le afectaría a usted el vivir en medio de aquel pueblo, sin volver a oír nunca más el nombre de Dios siendo pronunciado por alguien? Habían de morir «a espada y de hambre», hasta perecer del todo (vers.º 27). Con un epíteto de tal naturaleza pronunciado por la divinidad, ¿qué predicaría y enseñaría usted? ¿Cuál sería su próxima lección?

No conozco las circunstancias que le rodean a usted, pero ¿siente usted ganas de llorar con Jeremías al considerar estas privaciones de su vida después del capítulo 20? ¿Lo ama usted por su carácter y coraje? ¿Lo admira por seguir en medio de estas circunstancias sin faltar jamás a un solo compromiso ni asignación que Dios le dio? ¿Le motiva a usted a tener el deseo de servir con mayor devoción y determinación? ¡Qué vida de constancia, devoción y amor! Estas palabras consagradas por el tiempo, de John Milton, en *Paradise Lost* (*Paraíso perdido*), describen bien al profeta Jeremías:

Siervo de Dios, has hecho bien, has peleado bien
La mejor batalla, que solo has sostenido
Contra multitudes revueltas la causa
De la verdad, más poderosa en palabras que
ellos en armas.¹

LA MUERTE DE JEREMÍAS

Dios seguramente debió de haber querido que nos centráramos más en la vida que en la muerte de Jeremías. Aunque sabemos acerca de la vida de este más que de la vida de cualquier otro profeta veterotestamentario (con la excepción, tal vez, de Moisés), es menos lo que sabemos acerca de la muerte de Jeremías que de la muerte de Moisés. Han surgido diversas tradiciones tanto acerca de la vida como de la muerte del profeta. Aunque aquí no se afirma que haya inspiración bíblica, podría ser interesante hacer notar dos citas acerca de Jeremías, tomadas de la apócrifa.

En cuanto a la caída de Jerusalén y a cómo Judá trató a Jeremías, Eclesiástico afirma:

Quemaron la ciudad escogida del santuario, y dejaron desoladas las calles, de conformidad con la profecía de Jeremías. Porque le desearon mal, a quien sin embargo era profeta, apartado desde el vientre de su madre, para arrancar, afligir y destruir; y también para que pudiera edificar y plantar.²

¹ *Paradise Lost* (*Paraíso perdido*) 6.2.

² Eclesiástico 49.6–7.

Segundo de Macabeos se refiere a algunas «notas» acerca de «Jeremías el profeta»:

Habiendo sido amonestado por Dios, mandó que el tabernáculo y el arca fueran con él, cuando iba al monte, donde Moisés subió, y vio la herencia de Dios. Y cuando Jeremías llegó allí, encontró la cueva donde puso el tabernáculo, y el arca, y el altar del incienso, y así detuvo la puerta [...] En cuanto a ese lugar, será desconocido hasta el momento en que Dios recoja a Su pueblo otra vez, y los reciba a misericordia.³

Relatos tradicionales como el anterior constituyen un testimonio de la duradera influencia del profeta. Explican por qué había expectativa entre los judíos de que Jeremías aparecería como precursor del Mesías (Mateo 16.13–14). Estos escritos no inspirados demuestran la diversidad de ideas acerca de cómo y dónde murió Jeremías. C. F. Keil acertó al escribir:

Lo único que se sabe con certeza, es que vivió algunos años en Egipto, hasta cerca del 585 o el 580; y que sus actividades se extendieron, en consecuencia, por más de cincuenta años, de modo que, suponiendo que fue llamado para ser profeta cuando era joven de 20 a 25 años, debió de haber alcanzado la edad de 70 a 75 años. En cuanto a su muerte, se nos dice en los padres Jerónimo, Tertul., y Epíf., que fue apedreado por el pueblo en Tahpanhes (Daphne de Egipto), y por consiguiente su sepultura se solía señalar cerca de El Cairo. Pero una tradición judía en el Seder ol. Rabb. c. 26, da a entender que fue llevado con Baruc a Babilonia por Nabucodonosor, cuando este conquistó Egipto, en el año vigésimo sétimo del reinado de Nabucodonosor.⁴

Un último relato de la tradición se nos ha proporcionado por medio de Matthew Henry:

Hottinger, de Elmakín, historiador árabe, relata que, al seguir profetizando en Egipto contra los egipcios y otras naciones, fue apedreado hasta morir, y mucho tiempo después, cuando Alejandro entró en Egipto, tomó los huesos de Jeremías donde estaban enterrados en la oscuridad, y los llevó a Alejandría, y los enterró allí.⁵

Si Dios hubiera deseado que conociéramos los detalles exactos del lugar donde murió Jeremías, no estaríamos frente a tradiciones tan diversas para que nos proporcionen esa información. Es

³ 2º Macabeos 2.4–7.

⁴ C. F. Keil y F. Delitzsch, *Commentary on the Old Testament (Comentario del Antiguo Testamento)*, vol. 8, *Jeremiah, Lamentations (Jeremías, Lamentaciones)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., s. f.), 17.

⁵ Matthew Henry, *Commentary on the Whole Bible (Comentario de toda la Biblia)* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1967), 935.

interesante que la «tradición» haya señalado dos lugares para la crucifixión y dos lugares para la sepultura de Jesús. Tales hechos nos aseguran que el lugar donde estos eventos ocurrieron no es de nuestra incumbencia, sino que deberíamos centrarnos en lo que sucedió y a quien sucedió. No tenemos necesidad de conocer el lugar, sino la Persona —no el sitio, ni la estructura, sino andar en Sus pisadas (1ª Pedro 2.21–24). Por lo tanto, el saber cómo o dónde murió Jeremías no ocupa el primer lugar en nuestra lista de prioridades. Más bien, deberíamos entender quién fue él, a quién perteneció, y ¡qué habló como profeta de Dios!

CONCLUSIÓN

Hemos pasado mucho tiempo estudiando la singular vida de Jeremías. He aquí un breve resumen de las circunstancias del profeta:

Su carácter es de lo más interesante. Nos parece sensible en grado sumamente doloroso, tímido, apocado, sin esperanza, abatido, lamentándose constantemente, e insatisfecho con el rumbo de los eventos, pero jamás retrayéndose de su deber [...] Siendo tímido en determinación, fue tenaz en ejecución; tan intrépido cuando tuvo que hacer frente a todo el mundo como tan desanimado y presto para la murmuración cuando estuvo a solas con Dios. Juzgado por la propia estimación de sí mismo, era débil, y su misión un fracaso; en realidad, en el momento de actuar y cuando el deber lo llamaba, era en verdad «como ciudad fortificada, como columna de hierro, y como muro de bronce contra toda [la] tierra», cap. 1.18. Fue un noble ejemplo del triunfo de la naturaleza moral sobre la física.⁶

H. I. Hester rindió el siguiente homenaje acertado a la influencia de Jeremías:

Fue sin duda la figura más importante de su tiempo, descollando entre todos los hombres del período. Era patriota, profeta y estadista, consejero sabio de reyes, y enemigo valiente de la maldad y el pecado [...] En realidad fue uno de los hombres más fuertes y valientes que supo cómo defender la verdad [...]⁷

Tal vez ningún otro profeta ha sido tan impopular durante su vida como Jeremías, ni ha habido otro más popular después de su muerte.⁸

⁶ Canon Cook, citado en “Jeremiah” («Jeremías»), en F. N. Peloubet, *Peloubet's Bible Dictionary (Diccionario Peloubet de la Biblia)* (Philadelphia: John C. Winston Co., 1925), 299.

⁷ H. I. Hester, *The Heart of Hebrew History (La esencia de la historia judía)* (Liberty, Mo.: Quality Press, 1962), 288.

⁸ T. K. Cheyne y W. F. Adeney, *The Pulpit Commentary (El comentario del púlpito)*, vol. 11, *Jeremiah, Lamentations (Jeremías, Lamentaciones)*, ed. H. D. M. Spence and Joseph S. Exell (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1950), xviii.